



# Volverse a enamorar

M. J. MASSEY



## Saga «Entre tierras».

Emma es una muchacha de veintidós años que viaja con su novio a Cracovia para cumplir su sueño. Lo malo es que no todo es perfecto: algo ocurre en aquel lugar. Alguien asesina a los habitantes sin dejar rastro, y todo apunta a que Emma será la siguiente...

Por otro lado, no le va muy bien con Noel, su novio de toda la vida, así que deciden perderse por ciudad y vivir cada uno por su lado con la esperanza de encontrarse en un futuro y volverse a enamorar.

La pregunta es: ¿Lo conseguirán, o las locuras que vivirán los harán separarse más?

M. J. Massey (nacida en 1991), empezó a escribir a la temprana edad de trece años inspirada por la que, en aquellos entonces, era su autora preferida. Fue a esa edad cuando descubrió su vocación como escritora, y es que su sueño es, no solo compartir sus ideas, sino que la gente se divierta con ellas.

Gracias a los años que pasó en la carrera de magisterio, descubrió que lo suyo era escribir y enseñar mediante cuentos. A los diecinueve años había terminado ya cinco novelas; a los veinte, cuando cursó su primer máster, creó un blog gracias al cual aún continúa aprendiendo de los gustos de sus lectores; hoy en día, cuenta con una gran cantidad de seguidores en Instagram y un canal de YouTube.

En 2012 ganó un concurso organizado por «El Circo de los Horrores», mediante un relato de terror, y el 18 de septiembre de este mismo año, su relato «Un origen legendario», fue publicado en la página «Forummontefrío».

Instagram: Idmariaje.

YouTube: Mariaje Massey.

*Dedico este libro a aquellos a quienes  
les encantan los cambios, las aventuras y las  
grandes historias de amor que parecen imposibles.  
A aquellos a los que les guste mantener  
un toque de incertidumbre hasta el final.*

M. J. MASSEY

## Prólogo.

Esa mujer esbelta, de ojos claros, nariz pequeña y rostro inocente, no sabía lo que se le venía encima. Ella solo veía a un hombre guapo, alto, fuerte, con la boca muy sucia (no en el sentido literal), a punto de hacerle lo que otros no serían capaces. Lo había conocido hacía media hora en el bar, y la verdad es que se avergonzaba al pensar que todo había pasado muy rápido. Ella no solía ser de esas que se abren de piernas a la primera.

«Siempre existen las excepciones», pensó.

Y es que ese hombre valía todo lo que estaba a punto de hacerle o, mejor dicho, de ofrecerle.

—¿Te pone hacerlo en un callejón? —le preguntó él con la vista clavada en su escote.

Ella llevaba un vestidito de esos que quitan el aliento: corto, negro, con un escote en «V» que le llegaba hasta el ombligo.

—Lo que me pone es hacerlo contigo.

—Ah, ¿sí?

Se acercó a la chica sin apartar la mirada de sus iris azules, la cogió de la cintura y tiró de ella haciendo que diese un par de pasitos cortos.

—Sí.

—¿Te pone que te folle de pie, contra la pared? ¿Te pone que te coja de las manos y te la meta de golpe?

—Sí —contestó en un hilillo de voz.

—¿Así?

La agarró de las muñecas con una sola mano, la apretó contra la pared y, con la otra mano, le arrancó el vestido de un tirón.

No es que el vestido fuese de mala calidad, sino que él tenía una fuerza sobrehumana. Era rápido, veloz, insensible. Para él los sentimientos no tenían importan-

cia, como tampoco la tenían los humanos. Sin embargo, reconocía que no estaba mal utilizarlos para el sexo de vez en cuando.

—¡Mi vestido! —exclamó la muchacha.

—*Shhhh*, tranquila, solo es un trozo de tela.

—Pero...

La hizo callar con un beso duro, pasional, mientras restregaba contra su pelvis una erección más que despierta. Ella se dejó llevar por ese beso mientras que él se desabrochó y bajó los pantalones vaqueros. Estos se deslizaron por sus piernas justo antes de que lo hicieran los calzoncillos.

La muchacha lo miró con los ojos como platos. Desde luego, no le interesaba disimular lo sorprendida que estaba, teniendo en cuenta que era la polla más grande que había visto en su vida.

Un gemido escapó por su garganta.

—¿Te gusta? —le preguntó él con una voz grave que hizo a la chica mojar su ropa interior.

Como respuesta volvió a gemir.

Él sonrió, cogió una de sus manos y la dirigió hacia su miembro, duro. Ella lo rodeó y empezó a subir y a bajar de forma rítmica, notando como él se estremecía bajo sus caricias, cómo latía sin apartar la vista de su cuerpo. Él cogió sus braguitas de una esquina y las arrancó, haciendo que ella se preguntase cómo iba a volver a su casa sin ropa.

Sin previo aviso, el hombre volvió a agarrarla por las muñecas para darle la vuelta. Una vez la tuvo apesada de espaldas a él, con los pechos acariciando la pared, la penetró con una sola embestida. Esta penetración la llenó entera, podría decir que incluso le dolió, pero él no se inmutó, la agarró de los cachetes para abrirla mejor y siguió embistiéndola sin pausa, notando cómo su carne se abría y cerraba para darle paso.

Aquella sensación era gloriosa, una de las sensaciones humanas que nunca sería capaz de abandonar.

Notar cómo la mujer se doblegaba ante su polla, notarlas yonquis de él, de la sexualidad..., era lo mejor. Le daba más poder del que tenía, que era mucho: Y él amaba el poder.

—Oh, Dios... —murmuró la muchacha.

Eso lo encendió.

La embistió con más fuerza, notando cómo ella se contraía hasta fundirse en un orgasmo demoledor que, aunque intentó ser silencioso, no lo consiguió. Él también se aceleró hasta sentir que no podía aguantar más. El orgasmo estaba ahí, llamándolo, y no le iba a dar negativa. Notaba cómo sus testículos chocaban contra ella aumentando su placer, cómo se resbalaba hacia su interior sin ningún problema, cómo lo apretaba a su alrededor...

Gruñó.

—Eres mía —le soltó enfebrecido por el placer.

—Sí... Soy tuya —ronroneó.

—Para siempre —dijo él.

Entonces, con sus propias manos, la agarró del cuello y empezó a estrangularla notando cómo el placer se desencadenaba por su cuerpo. La mujer boqueó, aterrada, se debatió entre sus brazos intentando deshacerse de las manos alrededor de su cuello, pero lo único que consiguió fue que él se corriese con más fuerza. Se derramó en ella justo cuando esta dejó de resistirse. Después dejó caer el cuerpo al suelo, se subió los pantalones y contempló el cadáver.

Soltó una risotada.

—Brutal —dijo.

Y el asesino Diurno se largó sin preocuparse por haber dejado restos de ADN en ella, porque él era invisible. Inalcanzable para la ley.



## Capítulo 1.

Es increíble lo mucho que puede torcerse tu vida cuando lo dejas todo por un sueño. Sin embargo, a veces las cosas no salen del todo mal. Hay ocasiones en las que los sueños se cumplen, quizás porque los planetas se alinean a tu favor, o porque has nacido con estrella, qué sé yo. El caso es que a mí, Emma, la suerte me acompañó en un momento de esos que tienen más cosas negativas que positivas.

Ese día hacía un calor asfixiante (demasiado para estar a principios de junio), el sol se alzaba sobre mi cabeza y me hacía desear retroceder en el tiempo hasta abril, para salir a la calle en medio de la lluvia y dar vueltas sobre mí misma hasta marearme. Después volvería a mi adorable pisito con el pelo empapado, me metería en la ducha, me abrigaría con el pijama de algodón y dejaría a Noel, mi novio, abrazarme hasta quedarme dormida.

—¡Santo cielo! ¡Cómo pega el Lorenzo! —exclamé abriendo la puerta de entrada con la frente húmeda por el sudor.

Me sorprendió un olor penetrante saliendo desde la cocina, como a cebolla frita. Teniendo en cuenta que Noel casi nunca cocinaba, me precipité hacia la cocina temiéndome lo peor: quizás le había dado por intentarlo y estaba quemando todas las verduras que encontraba en el frigorífico, o había invitado a unos amigos sin avisarme.

En cuanto me vio entrar, sonrió haciendo que se le iluminase el rostro.

Llevaba el torso desnudo, unos pantalones de deporte que dejaban intuir un trasero escandalosamente apetecible y el pelo despeinado de quien se acaba de levantar de la siesta. El cabello rubio resaltó el brillo alegre de sus ojos, negros como los míos, e intuí un reflejo de diversión en su actitud al verme tan alarmada. La verdad es

que estaba muy bueno. Mis amigas siempre me decían que tenía un gusto exquisito y, cada vez que miraba a Noel, no podía hacer otra cosa que darles la razón. Mi novio tenía un par de polvos bien echados. Era unos de los tíos más *follables* que había conocido en mi vida.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal la búsqueda de trabajo?

Me dirigí a la hornilla, miré dentro de la sartén y olisqueé la cebolla caramelizada sin poder creerlo: estaba dorada, en su punto. Al lado, en otra sartén distinta, había pechugas de pollo con romero por encima, listas para servir, y en el horno una bandeja de patatas fritas bañadas con queso gratinando.

—¿Qué celebramos hoy? —pregunté cada vez más sorprendida. Sobre todo porque la comida tenía una pinta estupenda.

Con cuidado, vertió la cebolla en un plato, hizo lo mismo con las pechugas y las sirvió en la mesa del comedor.

Mi estómago rugió.

—Celebramos que, a pesar de las dificultades, nuestra compañía es suficiente para apoyarnos el uno al otro y seguir adelante. Por desgracia, has llegado antes de tiempo y me has pillado con las manos en la masa.

—Lo compensaré ayudándote a poner la mesa.

—Reí.

Al darme la vuelta, Noel me cogió de la cintura y me levantó en peso. Chillé divertida hasta que me soltó en el suelo y acercó sus labios a mi oreja desde la espalda.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y decidí darme media vuelta para besarle, pero él me tenía bien agarrada y no me dejó moverme. Con su mano izquierda apartó el pelo de mi cuello y me dio un suave beso de esos que tanto me gustaban. Un simple roce con los labios, una respiración, una insinuación de todo el cariño que me tenía.

—No, señorita. Hoy la mesa la pongo yo. —Su aliento golpeó mi lóbulo, cálido—. Se nota que has tenido una mañana dura, y con el calor que hace aquí...

Se acercó más a mí dejando claro que no solo se refería al calor del verano.

De pronto me sentí triste.

Él se esforzaba todos los días por hacerme sonreír mientras que yo me centraba en encontrar trabajo con una desesperación casi enfermiza. Era una inútil en esa relación de fantasía, demasiado mala para un chico como él. Nunca había conocido otro con un corazón más puro y sacrificado, y eso fue lo que me confirmó que él era el hombre con el que quería estar. Si nos casáramos alguna vez, no lo sabía. Primero tenía que encontrar trabajo, y empezaba a pensar que las bailarinas no tenían futuro, o bien era yo la que no lo tenía. Quizás estaba luchando por mi sueño en vano. Quizás no era tan buena como la gente solía asegurarme y debería dedicarme a limpiar mesas en un bar barato de carretera. Eso no significaba que las camareras no tuviesen un trabajo honesto, de hecho, admiraba su paciencia, su memoria y esa habilidad para llevar cuatro platos en un brazo. Era solo que... no era mi trabajo soñado. Nada más. No había escenarios, ni gente mirando los movimientos de mis caderas, ni euforia tras las actuaciones. ¡Ni siquiera había actuaciones!

—Eh, ¿qué pasa?

Noel se había situado frente a mí y levantó mi barbilla con un dedo.

Sus ojos eran tiernos, familiares.

—Es que... no he conseguido nada, ¿vale? De nuevo, nada. Ni un simple papel en un musical, una pequeña actuación en un escenario de pueblo...

—Pero Emma, no te preocupes. Sabes que estas cosas llevan su tiempo. Has hecho muchas audiciones en los últimos meses, incluso has enviado vídeos a otros países.

—Sí, y no me han llamado ni una vez.

—Lo cual no quiere decir que no te vayan a llamar. El proceso de selección suele ser más largo y tedioso de lo que te imaginas. Hay muchas bailarinas persiguiendo su sueño, esforzándose por conseguir una sola audición. Pero ellas no tienen tu cuerpo, ni tu cara, ni tu pelo. No tienen nada que hacer contra ti.

Me senté en una silla, frente a la mesa, y me crucé de brazos.

—Es lo que me dices siempre. Lo que llevas diciendo... ¿cuánto? ¿Un año? ¿Dos? Y fíjate, sigo aquí, atrapada en este barrio barato.

—En este barrio barato que es nuestro hogar provisional. Un pequeño apartamento del que pronto nos iremos.

—Pronto o nunca. A este paso más bien nunca. Estoy cansada, Noel. Noto que me queda poco para rendirme. Esto me está afectando.

El olor a comida tostada llegó hasta el comedor, y Noel se precipitó a la cocina gritando: «¡Las patatas!». Cuando volvió, traía, en las manos enguantadas, la bandeja con patatas fritas y queso que había visto en el horno. Por suerte no se había quemado, aunque las esquinas del queso estaban tostadas de más.

Para mi sorpresa, el sabor de la comida, la mezcla y la textura eran bastante buenos.

De nuevo volví a admirar la resistencia de Noel y su paciencia conmigo. No podía hacer más que sentirme culpable cuando, a veces, pensaba que nuestra relación estaba cayendo en la monotonía. Por un lado me gustaba esa rutina, la costumbre de estar con él y sus caricias, pero también había un lado salvaje en mi interior que me incitaba al cambio. Un lado que intentaba matar, esconder y olvidar.

Siempre fui una chica de cambios hasta que conocí a Noel. Entonces descubrí que la calma también me gustaba. Odiaba sentirme dividida entre la monotonía y el

cambio. Esperaba con todas mis fuerzas que no llegase el día en el que explotase y huyese fuera de ese barrio, porque dejar a Noel sería la mayor tontería que haría en toda mi vida. No solo la mayor tontería, también la mayor locura, porque cuando me cansase de mi nueva vida me arrepentiría de lo que hice. Añoraría mis tiempos de rutina y me deprimiría incluso más que el hecho de no encontrar trabajo.

—No digas nunca —continuó él—. Solo tienes veintidós años. ¡Dispones de toda la vida por delante!

—Por desgracia, para una bailarina no existe eso de «toda la vida por delante». El cuerpo se cansa, las carnes se caen, la cara se estropea... Cada año que paso sin conseguir nada, soy un año más vieja.

—Entonces no te limites al baile en exclusiva. Sé que es tu sueño, pero mientras te dedicas a él puedes buscar otro tipo de trabajo. Lo digo solo para que asegures tu vida.

—¿Quieres decir que tengo que dedicarle tiempo a otras cosas porque quizás no llegue nunca a ser bailarina?

—Quiero decir que, aunque continúes con tu sueño de ser bailarina, también debes buscar un trabajo. Para ayudarme a pagar el piso y esas cosas...

—¡Estás afirmándome que hay una posibilidad de que no cumpla mi sueño por mucho que luche!

—¡Porque la hay, Emma! ¡Estás ciega si no lo ves! Es cierto que tengo fe en ti, que creo que si sigues luchando lo conseguirás, pero tienes que aceptar que hay momentos en que las cosas no salen como queremos. ¡Y soy el único que paga el apartamento!

Me levanté sin saber si sentirme enfadada o culpable. Sabía que tenía razón aunque me negara a aceptarlo. Buscar un trabajo distinto al de bailarina significaba aceptar que quizás no lo sería, y odiaba que él me lo hiciera ver. Joder..., y para variar era cierto que él era el único

que traía dinero a la casa. No se merecía tener una responsabilidad tan pesada sobre sus hombros. Ni él, ni nadie.

Respiré hondo con los ojos cerrados, un par de veces.

—Lo siento. —Volví a sentarme—. Es que cuando me digo a mí misma que tienes razón, me siento impotente, inútil.

Al otro lado de la habitación mi móvil empezó a vibrar. Al estar sobre el cristal de la mesita de café, temí que fuese a quebrarlo, así que lo alcancé con un par de zancadas rápidas y descolgué.

—¿Hola? —empecé.

—¿Es usted la señora Emma Sanz?

Parpadeé, ya que la mujer lo había preguntado en polaco.

De pequeña di clases de polaco e inglés durante años. Hubo un tiempo en el que abandoné los idiomas, gracias a Dios que los retomé a los quince años. El inglés se me daba mejor. El polaco..., bueno, ni bien ni mal.

—Sí, soy yo —respondí con dificultad.

—Buenos días. La llamo por un vídeo que envió a Cracovia para entrar en nuestro grupo de baile. Ya sabe: hicimos un casting, lo publicamos en nuestro canal de YouTube...

—Perdone —interrumpí con todo el respeto que pude a pesar de que era difícil expresarlo por teléfono—. ¿Puede hablar un poco más lento? Mi polaco es bastante malo.

—Claro, —dijo con tono despreocupado, aunque para mí el polaco sonaba como una persona enfadada hablando—. La llamo por el vídeo que envió a Cracovia, al grupo de baile Ryk.

El corazón se me encogió. Si entendía bien, me llamaban por uno de los vídeos que envié a Polonia hace unos tres o cuatro meses.

«Por favor». Crucé los dedos. «Si es lo que creo que es, no volveré a quejarme de la vida jamás».

—Sí.

—Nos gustó tu forma de bailar, y el estilo es muy parecido al nuestro. Necesitamos a alguien diferente en nuestro grupo, morena, con curvas, con fuerza: una chica como usted. Por suerte, en este trabajo no es necesario hablar mucho. —Bromeó.

No supe si reír por su broma o continuar callada. Opté por la segunda opción, ya que aún estaba demasiado impactada como para despegarme del teléfono o dejar de asentir como una tonta.

—¿Una chica como yo?

—Exacto. Estaremos encantadas de recibirla aquí la semana que viene si es posible.

—¡Claro que sí! Allí estaré. —Hice una pausa mientras intentaba estructurar la siguiente frase en polaco en mi cerebro—. Si me da la dirección, estaré encantada de trabajar en su grupo.

—Por supuesto. ¡Ah! Otra cosa que debe saber, es que cobramos lo que nos pagan en las actuaciones, aunque supongo que eso ya lo sabrá.

—Claro.

—Por tanto, si tenemos suerte cobramos, y si no...

No acabó la frase. Lo siguiente que hizo fue darme la dirección, darme las gracias, desearme suerte en mi viaje y despedirse de mí. Cuando colgué, Noel me miraba expectante.

—¿Pero en qué idioma estabas hablando? ¿Eso era polaco?

Asentí con cautela.

Mi primer impulso fue ponerme a saltar como una loca de las rebajas cuando queda con una amiga para ir a comprar al día siguiente. Me imaginé a mí misma gritando mientras corría a mi cuarto y cogía la maleta, la abri-